

SASTRES PARA EL EMPERADOR

Hablando en la Universidad Americana de Washington, el 10 de junio de 1963, el presidente Kennedy era categórico sobre el tema: «Estados Unidos, como el mundo sabe, nunca empezará una guerra». Veinte años después, el presidente Reagan coincidía con él. «La política de defensa de Estados Unidos», decía a los estadounidenses el 23 de marzo de 1983, «se basa en una simple premisa: Estados Unidos no empieza luchas. Nosotros nunca seremos agresores». Dadas semejantes autorizadas (y bipartidistas) garantías, ¿cómo podemos explicar que, a comienzos del siglo XXI, la Administración de George W. Bush promulgara la doctrina de la guerra preventiva? Sin duda la sencilla respuesta es que el 11-S lo cambió todo. Richard Armitage, vicesecretario de Estado, expresó un sentimiento que estaba muy extendido entre los estadounidenses después de los acontecimientos del 11 de Septiembre: «La Historia comienza hoy»¹. Todas las apuestas quedaban anuladas. También las contemplaciones. La disuasión y la defensa ya no eran suficientes. Como dijo el presidente Bush, «simplemente la doctrina de la contención no se mantiene a flote». La autoprotección ya no bastaba. En la típicamente escueta formulación del secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, «la mejor defensa, y en algunos casos la única, es un buen ataque»². Éste era uno de esos casos: para prevenir otro 11-S —o una pesadilla incluso mayor—, Estados Unidos no tenía otra elección que pasar a una ofensiva permanente. Con la Doctrina Bush, Washington se concedía a sí mismo la autoridad para hacer precisamente eso. Fin de la historia.

Pero la verdad es más complicada. De hecho, la Doctrina Bush tiene una considerable historia. Su periodo de gestación coincidió con la Edad del Exceso, los años en que las autoridades de Washington convirtieron la capacidad de ataque nuclear en la piedra angular de su política de seguridad nacional, para después evaluar las implicaciones de haberlo hecho. El esfuerzo por lidiar con esas implicaciones, que resultaron ser grandes y problemáticas, dio origen a una nueva tradición en el pensamiento estratégico. Reco-

¹ James Mann, *Rise of the Vulcans: The History of Bush's War Cabinet*, Nueva York, 2004.

² Citado en Michael Dobbs, «For Wolfowitz, a Vision May Be Realized», *Washington Post*, 7 de abril de 2003; Donald Rumsfeld, «Speech at the National Defense University», 31 de enero de 2002.

nociendo la influencia de su principal comadrona, Albert Wohlstetter, esa tradición correctamente puede llamarse la Escuela de Wohlstetter.

Un cineasta que intentara realizar un retrato entre bastidores de la estrategia de Estados Unidos en la era nuclear seguramente daría a Albert Wohlstetter un lugar destacado, aunque ese lugar probablemente fuera un anodino salón universitario en vez del Gabinete de Guerra del Pentágono, con todos los extras posibles. Wohlstetter fue el intelectual por antonomasia de la defensa. Desde la década de 1950 hasta la de 1990, ejerció una enorme influencia sobre los círculos políticos sin llegar a soportar las cargas de la responsabilidad personal, un *outsider* que disfrutaba de un privilegiado acceso al interior. Nacido en Nueva York en 1913, era un matemático por formación que empezó a destacar como analista en RAND, adonde llegó en 1951. (RAND también empleaba a su mujer, la historiadora Roberta Wohlstetter.) En 1964, Wohlstetter se incorporó a la Facultad de Ciencias de la Universidad de Chicago. Ahí permaneció durante el resto de su carrera formando a acólitos (entre ellos Paul Wolfowitz) y llevando las tutorías de sus protegidos (entre ellos Richard Perle), mientras se dedicaba a investigaciones confidenciales, aconsejaba a las agencias gubernamentales y servía en comisiones de elite; en general, dejando sus huellas por todo el marco intelectual de la estrategia de seguridad nacional de Estados Unidos.

«Paul piensa de la misma manera que Albert», comentó una vez Perle refiriéndose a su amigo Paul Wolfowitz³. Esta observación se aplicaba igualmente a no pocos personajes que alcanzaron posiciones destacadas en Washington durante la última mitad del siglo xx. En los círculos de la seguridad nacional, la manera de pensar de Albert lo invadió todo. También lo hizo el constante tema de su trabajo: la situación existente es mala; abstenerse hoy de una acción drástica conduce a que mañana la situación sea todavía peor. Por ello, para los que aprendieron, colaboraron o sacaron su inspiración de Albert Wohlstetter, cualquier postura defensiva por definición o es inadecuada o pronto lo será. El que se defiende pierde la iniciativa; una orientación defensiva se traduce con demasiada facilidad en pasividad, inercia, e incluso en fatalismo. En una era en la que la supervivencia requiere de una alerta constante y del esfuerzo continuo para mejorar las capacidades existentes y concebir otras nuevas, apoyarse solamente en la defensa como la base para una estrategia es incurrir en un grave riesgo.

Para los miembros de la Escuela de Wohlstetter, el advenimiento de la Doctrina Bush representó la culminación de un proyecto que habían perseguido durante décadas. Mucho antes de los acontecimientos de septiembre de 2001, las ideas que ellos habían desarrollado establecieron el escenario para que Estados Unidos abrazara la idea de la guerra preventiva. Para los partidarios de Wohlstetter, la proactiva eliminación de amenazas –superando así conceptos tales como contención y disuasión– había adquirido hace

³ Neil Swidey, «The Analyst», *Boston Globe*, 18 de mayo de 2003.

mucho tiempo un seductor atractivo propio. Mucho antes del 11-S estaban convencidos de que la guerra preventiva no solamente era deseable sino factible. Todo lo que se necesitaba era una oportunidad para poner en práctica sus teorías y esa oportunidad se presentó el 11 de septiembre de 2001.

Pasando a la ofensiva

El 1 de junio de 2002 las ceremonias de entrega de diplomas a los cadetes graduados en West Point proporcionaron a Bush la ocasión para dar a conocer su doctrina de la guerra preventiva. Bush empezó rindiendo tributo a los presidentes Kennedy y Reagan. Sin embargo, en vez de recordar sus garantías de que Estados Unidos nunca empezaría una guerra, los alabó por negarse «a pasar por alto la brutalidad de los tiranos» y por «dar esperanzas a prisioneros, disidentes y exiliados». En tiempos difíciles habían mantenido en alto la antorcha de la libertad. En algunos aspectos, los desafíos a los que ahora se enfrentaba Estados Unidos reflejaban los que sus predecesores habían afrontado durante la Guerra Fría. Bush declaraba. «Ahora, como entonces, nuestros enemigos son totalitarios [...] Ahora, como entonces, buscan imponer una sombría conformidad, controlar cada vida y toda la vida». Sin embargo, en otros decisivos aspectos la situación del momento era completamente nueva y erizada de riesgos sin precedentes. Bush situaba el nudo de esos riesgos «en el peligroso cruce del radicalismo y la tecnología». Contra una amenaza semejante ya no servían las estrategias de la Guerra Fría. El presidente continuaba: «La contención no es posible cuando trastornados dictadores con armas de destrucción masiva pueden lanzar esas armas con misiles, o proporcionarlas en secreto a aliados terroristas».

En semejantes circunstancias, la defensa por sí sola era inadecuada para proporcionar la seguridad. La pasividad equivalía a cortejar al suicidio. «Si esperamos que las amenazas se materialicen por completo, habremos esperado demasiado.» Las nuevas condiciones habían vaciado y anulado las promesas de Kennedy y Reagan. «Debemos llevar la batalla al enemigo», continuaba Bush, «desbaratar sus planes, y afrontar las peores amenazas antes de que surjan. En el mundo en el que hemos entrado, el único camino para la seguridad es el camino de la acción. Y esta nación actuará. La acción implicaba necesariamente la acción militar, y el presidente recalco el imperativo de transformar las fuerzas armadas para crear un ejército «preparado para actuar al instante en cualquier oscuro rincón del mundo», preparado para «la acción preventiva cuando sea necesaria para defender nuestra libertad y nuestras vidas». La acción de las fuerzas militares eliminaría la amenaza terrorista; el poderío militar en sí mismo garantizaría la paz: «Estados Unidos tiene, y piensa conservar, una fuerza militar que no pueda ser desafiada [...] haciendo así que las desestabilizadoras carreras armamentistas de otras eras carezcan de sentido y que las rivalidades se limiten al comercio y a otras búsquedas de la paz».

Para prestar a esta feliz perspectiva un mínimo de credibilidad, estaban los métodos de librar la guerra que acababan de aparecer –precisos, ági-

les, flexibles y discriminatorios— y que, para Bush, iban a dotar a las fuerzas estadounidenses de unos niveles de efectividad inimaginables hasta entonces. Liberados de los efectos paralizadores de Hiroshima, la guerra —emprendida por los estadounidenses con ilustrados propósitos— iba a proporcionar una nueva oportunidad a la vida, aprovechando Estados Unidos el momento, en palabras de Bush, «para extender una paz justa, por medio de cambiar la pobreza, la represión y el resentimiento en todo el mundo». La Doctrina Bush prometía tanto quitar los frenos al poder estadounidense como investirlo de un renovado propósito moral. Aunque fuera inconscientemente, Bush había resumido y refrendado los diversos principios de la Escuela de Wohlstetter. La implantación de la Doctrina Bush en los meses y años que vinieron a continuación pusieron a prueba esos principios.

Peligro y sorpresa

Cuatro preceptos esenciales definen el pensamiento de Wohlstetter y el primero de ellos se refiere al peligro inminente. De acuerdo con sus partidarios, los enemigos de Estados Unidos, fuertes y fortaleciéndose, son implacablemente hostiles y, si tienen la oportunidad, explotan cualquier debilidad que perciban en Estados Unidos; para empeorar las cosas, los funcionarios estadounidenses responsables de evaluar las amenazas que se le vienen encima al país desestiman rutinariamente el peligro real, adormeciendo al pueblo estadounidense con una falsa sensación de seguridad. En realidad, la crisis es una condición permanente; las amenazas a las que se enfrenta Estados Unidos son inminentes y están dirigidas contra su misma existencia. El segundo precepto se refiere a la sorpresa, una cuestión que complica mucho el problema de cómo evaluar el peligro. La posibilidad de lo imprevisto es omnipresente y nunca puede ser eliminada por completo. Aunque los esfuerzos para prevenir el ser tomados por sorpresa sean esenciales, dar por supuesto que esos esfuerzos tienen éxito es invitar al desastre. Solamente aquellas defensas que funcionen en ausencia de avisos pueden ser consideradas suficientes.

Minimizar el impacto de la sorpresa exige una sostenida e intensa atención a la gestión del riesgo: éste es el tercer precepto de la Escuela de Wohlstetter. Hacer presentes los puntos vulnerables que puedan explotar los adversarios, reconociéndoles la capacidad y la intención para hacerlo; concebir remedios para prevenir o reducir cualquier daño que se pueda producir; mantener la capacidad de contraatacar y elevar los riesgos que los adversarios tendrán que asumir si eligen atacar. Para los seguidores de Wohlstetter esto es lo que define la verdadera esencia de la estrategia. La gestión efectiva del riesgo implica activismo. Permanecer inerte frente al peligro es perder la iniciativa, agravando así la amenaza. Por ello, considerar que una ventaja momentánea es una garantía de seguridad supone malinterpretar la realidad de la competencia estratégica, que implica una continua interacción sobre términos en constante movimiento.

En otras palabras, el primer precepto del peligro inminente necesita un enfoque anticipatorio para defenderse. Sin embargo, el segundo precepto de la sorpresa significa que una autodefensa anticipatoria que tenga una orientación estrictamente defensiva nunca puede ser plenamente satisfactoria. A un solo error de cálculo –no ver lo que acecha a la vuelta de la esquina o en el horizonte– lo sigue un catastrófico fracaso. El cuarto precepto va más allá de la simple gestión del riesgo y se refiere a su reducción radical, el Santo Grial de la Escuela de Wohlstetter. Establece la existencia de capacidades que otorgarán a Estados Unidos la posibilidad no sólo de eliminar los peligros que afronta, sino de crear un mundo mejor para todos. Llegar a esta clase de reducción del riesgo requiere un enfoque con una orientación ofensiva. En vez de simplemente eludir el golpe, Estados Unidos debía avanzar.

Después de 1945, algunos observadores creyeron, por poco tiempo, que el monopolio nuclear había puesto a Estados Unidos en una posición para hacer precisamente eso. Los miembros fundadores de la Escuela de Wohlstetter estuvieron entre los primeros que reconocieron que eso fue una falsa ilusión y, lejos de mejorar la libertad de acción de Estados Unidos, el advenimiento de las armas nucleares creó enormes complicaciones e impuso limitaciones. Sin embargo, esta perspectiva, importante en sí misma, no los disuadió de buscar una manera de escapar a esas limitaciones. En la década de 1990, destacados wohlstetterianos creyeron que habían descubierto los medios para hacerlo.

El Informe 68 del Consejo Nacional de Seguridad y después

Igual que el macarthismo precedió al senador Joe McCarthy, también las ideas de la Escuela de Wohlstetter hicieron su aparición incluso antes de que Albert Wohlstetter fichara en 1951 por el RAND para analizar la estrategia nuclear. Redactado a comienzos de 1950, el Informe 68 del Consejo Nacional de Seguridad (NSC-68) permanece siendo una expresión clásica del precepto de la amenaza inminente. Recalcando que el fin del monopolio nuclear había precipitado a Estados Unidos en el peligro más profundo, con toda la humanidad haciendo frente ahora a «la constante posibilidad de la aniquilación», con la propia libertad «mortalmente desafiada» y con la misma supervivencia «no sólo de esta república sino de la propia civilización» puesta en la balanza, el NSC-68 puede sorprender a los lectores actuales como un documento exaltado o totalmente histórico. Mucho tiempo después de que la Unión Soviética dejara de existir, actualmente Estados Unidos se encuentra a sí mismo más o menos perpetuamente enredado en guerras en el exterior, todo el tiempo profesando anhelos de paz. Visto desde esta perspectiva, el intento del NSC-68 por contrastar la «fe fanática» que inspiraba los esfuerzos del Kremlin para «imponer su absoluta autoridad sobre el resto del mundo», y la «esencial tolerancia de nuestra visión del mundo, de nuestros generosos y constructivos impulsos, y de la ausencia de codicia en nuestras relaciones internacionales», puede parecer

desorbitado⁴. Sin embargo, Paul Nitze, director de Planificación Política del Departamento de Estado, principal autor del NSC-68 y que pronto aparecería como miembro fundador de la Escuela de Wohlstetter, pensaba de otra manera. Para Nitze se trataba simplemente de mirar de frente a los hechos. Un autocalificado terco pragmático afrontaba las cuestiones de política con «una lógica clara y rigurosa, basada en una valoración fría y desapasionada de la evidencia objetiva»⁵. Si Nitze gritaba ¡lobo!, era porque un lobo (o quizá un oso) estaba a la puerta, incluso aunque otros permanecieran ciegos ante el peligro.

Con un poco de ayuda de la guerra de Corea, el NSC-68 demostró que en la Guerra Fría el lobo aullador de Washington funcionaba: Nitze obtuvo la aprobación de sus recomendaciones para aumentar a gran escala el poder militar estadounidense, tanto convencional como nuclear. A partir de entonces, a intervalos regulares hubo grupos que buscaron reproducir este éxito, algunos cuasi oficiales, otros no oficiales, y muchos incluían al propio Nitze como destacado participante. Cada dos décadas aparecía en escena el Comité sobre el Peligro Actual, la versión 1.0 dando la alarma en 1950, siguiendo la versión 2.0 en 1976 y la 3.0 en 2004. De una manera u otra, incluso aunque los nombres cambiaran, el estribillo permanecía siendo el mismo. El Comité Gaither (1957), el Comité para Mantener una Política de Defensa Prudente (1969), el «Equipo B» (1976), la Comisión sobre Estrategia Integrada a Largo Plazo (1988) y la Comisión Rumsfeld (1998), todas suscribían un mismo conjunto de proposiciones: los servicios de inteligencia de Estados Unidos ignoraban o desechaban el hecho de que el país estaba quedándose rezagado, y de que los enemigos de América estaban sacando provecho de ello; la ausencia de una acción rápida para equilibrar la resultante disparidad de capacidades era un llamamiento a la catástrofe.

Una prensa complaciente rutinariamente amplificaba los malos augurios de estas advertencias que hacía públicas la Escuela de Wohlstetter. Cuando las conclusiones confidenciales del Comité Gaither llegaron a manos de un periodista del *Washington Post*, por ejemplo, el consiguiente artículo, aparecido el 20 de diciembre de 1958, llevaba el siguiente titular: «Informe secreto considera a Estados Unidos en grave peligro». El Equipo B finalizó su trabajo cuando el presidente Ford se estaba preparando para dejar el cargo. En su ejemplar del 10 de enero de 1977, la portada del *Newsweek* presentaba un artículo titulado «¿La vuelta del oso ruso?». El texto del artículo eliminaba las interrogaciones, y describía el informe del Equipo B como «la previsión más alarmante en muchos años». Igualmente, el 17 de julio de 1998, *Newark Star-Ledger* resumía las conclusiones de la Comisión Rumsfeld: «Los expertos ven las sombras de los misiles oscureciendo los cielos de las ciudades de Estados Unidos».

⁴ NSC-68, «US Objectives and Programs for National Security», 14 de abril de 1950.

⁵ Paul Nitze, *From Hiroshima to Glasnost*, Nueva York, 1989, p. ix.

De lo que se trata aquí no es de discutir la exactitud de estas previsiones –aunque las alegaciones de una «carencia de bombarderos» y posteriormente de una «carencia de misiles» durante la década de 1950 se demostraron completamente descabelladas– sino señalar su notable consistencia. En este aspecto, las conclusiones a las que llegaba el Equipo B –reunido por el director de la CIA George H. W. Bush en respuesta a las acusaciones de Wohlstetter (y de otros) de que las estimaciones oficiales estaban subestimando la amenaza soviética– son representativas. Como ejercicio de indagación intelectual, la investigación del Equipo B equivalía pedir a un grupo de académicos establecidos que evaluaran los pros y contras de la titularidad: el resultado estaba establecido de antemano. Formado por partidarios de la línea dura, opuestos a voces a la distensión soviético-estadounidense (Nitze y el protegido de Wohlstetter, Paul Wolfowitz entre ellos), el Equipo B llegó a las conclusiones que eran de prever: los servicios de inteligencia de Estados Unidos habían «malinterpretado considerablemente las razones que se encontraban detrás de los programas estratégicos soviéticos, y por ello tendían consistentemente a subestimar su intensidad, alcance y amenazas implícitas». Con «toda la evidencia señalando el firme compromiso soviético con lo que eufemísticamente se llama “el triunfo mundial del socialismo”, que de hecho conlleva la hegemonía global soviética», el Kremlin no tenía ningún interés en establecer la equivalencia estratégica. Estaba comprometido con una resuelta búsqueda de la supremacía estratégica. «Por encima de todo, los dirigentes soviéticos tienen una mentalidad ofensiva más que defensiva», informaba el Equipo B. Esa afirmación se aplicaba machaconamente al pensamiento soviético sobre las armas nucleares. Los soviéticos no consideraban el conflicto nuclear como equivalente a un suicidio mutuo. En vez de ello, estaban aumentando su arsenal para alcanzar una «capacidad de combate y de victoria». Para Estados Unidos, las previsiones eran realmente nefastas⁶.

El propio Wohlstetter redactó la articulación más seductora y comprensiva de la hipótesis del peligro inminente. Escrita bajo un contrato federal con el RAND en 1958 y revisada posteriormente para *Foreign Affairs*, «El delicado equilibrio del terror» puede considerarse, a juicio de un admirador, como «probablemente el artículo más importante en la historia del pensamiento estratégico estadounidense»⁷. A finales de 1957, la URSS había lanzado el *Sputnik*, el primer satélite artificial puesto en órbita alrededor de la Tierra. Sin embargo, como señaló Wohlstetter, el trauma causado por esta demostración de la capacidad de los misiles soviéticos «prácticamente había desaparecido». La inquietud estadounidense que momentáneamente había llegado a niveles de pánico había amainado con la actual suposición de que una guerra term nuclear era «extremadamente improbable». Wohlstetter se lanzó a demoler semejante suposición, «disipando el optimismo prácticamente universal sobre la

⁶ Informe del Equipo B, «Intelligence Community Experiment in Competitive Analysis: Soviet Strategic Objectives, An Alternate View», sin fecha.

⁷ Marc Trachtenberg, *History and Strategy*, Princeton, 1991, p. 20.

estabilidad de la disuasión». Los requisitos para frustrar un ataque nuclear soviético, que en su opinión eran rigurosas, hacían que semejante optimismo fuera completamente injustificado. Suponer que la dirección del Kremlin era «incompetente o, todavía peor, cooperativa» –suscribiéndose a lo que burlo-namente se refería como las «estrategias soviéticas preferidas por Occidente»– era una verdadera locura. De hecho, los avances de la capacidad de ataque soviético habían creado posibilidades de «un ataque esencialmente por sorpresa» que Estados Unidos «puede no tener el poder de impedir»⁸.

Lo que venía a continuación era, de hecho, un comentario sobre las preferidas estrategias soviéticas de Wohlstetter. Explicando las dificultades para mantener una capacidad de contraataque viable, Wohlstetter no encontraba razones para dudar de que los dirigentes soviéticos tuvieran la astucia y la crueldad para explotar a su favor esas dificultades. En su opinión, la posibilidad de que la guerra nuclear causara un daño considerable a la propia Unión Soviética no disuadiría al Kremlin de actuar. Después de todo, aunque la Segunda Guerra Mundial había producido la muerte de más de 20 millones de rusos, la Unión Soviética «se había recuperado extremadamente bien». Bajo «diversas circunstancias completamente verosímiles», conjeturaba, «los rusos podían confiar en limitar el daño a una cifra considerablemente menor», en cuyo caso «golpear el primero, por sorpresa, sería para ellos la decisión sensata». En resumen, imaginar que «un ataque por sorpresa cuidadosamente planeado puede ser desbaratado casi sin esfuerzo», permitiendo a los estadounidenses reanudar «su profundo sueño anterior al *Sputnik*», era una receta para el desastre. Por el contrario, reforzar la disuasión estadounidense requería un esfuerzo urgente, constante e intenso: asegurar la supervivencia de fuerzas de represalia, aumentar las defensas aéreas, proteger a los civiles, mejorar las capacidades convencionales y explorar medios militares no nucleares, «hasta entonces financiados por presupuestos lamentablemente pequeños». Sin embargo, al esbozar los requisitos mínimos para evitar la guerra nuclear en la década de 1960 –para él una dudosa posibilidad en el mejor de los casos–, Wohlstetter también estaba describiendo «una nueva imagen de nosotros mismos en un mundo de peligro constante». Responder a las estrategias soviéticas de Wohlstetter obligaría a los estadounidenses a tomar duras elecciones que suponían sacrificios e incertidumbres. También implicaba mantenerlos a oscuras sobre cuestiones que determinaban sus posibilidades de supervivencia, mientras ponían su suerte en manos de los que reivindicaban el conocimiento de semejantes cuestiones; gente como el propio Albert Wohlstetter.

Anticipando Pearl Harbor

Un tratado escrito por Roberta Wohlstetter ha sido el texto básico de la Escuela de Wohlstetter sobre el tema de la sorpresa. *Pearl Harbor: Warning*

⁸ Albert Wohlstetter, «The Delicate Balance of Terror», *Nuclear Heuristics: Selected Writings of Albert and Roberta Wohlstetter*, Carlisle, 2009, pp. 177-212.

and Decision, elaborado bajo los auspicios del RAND y publicado en 1962, obtuvo el prestigioso Premio Bancroft de Historia, aunque se tratara de una historia directamente dirigida a servir –y privilegiar– un programa específico. *Pearl Harbor* fue escrito para responder a la pregunta: «¿por qué fue sorprendido Estados Unidos el 7 de diciembre de 1941?». Retrospectivamente, las señales de un inminente ataque japonés parecían ser claramente evidentes. ¿Cómo pudieron los estadounidenses en todos los escalones del mando –tanto civiles como militares, tanto en Washington como en Hawái– pasar por alto tantas señales? La respuesta de Wohlstetter resaltaba la dificultad para distinguir entre señales que importaban y las que no lo hacían: «Fracasamos en prever Pearl Harbor no por falta de materiales relevantes, sino por la plétora de materiales irrelevantes»⁹. Lo que Roberta Wohlstetter describió como el ruido –la información falsa o engañosa– ocultó las señales que pronosticaban un ataque.

En «El delicado equilibrio del terror», su marido había identificado seis obstáculos que Estados Unidos tenía que superar para alcanzar la seguridad de tener la capacidad de respuesta necesaria para una disuasión efectiva, así como para demostrar los enormes desafíos que esto suponía¹⁰. Igualmente, en *Pearl Harbor*, Roberta Wohlstetter identificaba seis obstáculos, seis factores que aumentaban la vulnerabilidad de una nación frente a un ataque: las falsas alarmas; una alerta embotada por la continua tensión; los esfuerzos del enemigo para ocultar sus verdaderos propósitos; las parodias; el ruido generado por el enemigo dirigido a confundir; los cambios en el adecuado carácter de los servicios de inteligencia causados, por ejemplo, por avances tecnológicos, y las barreras burocráticas que obstruían el compartir información relevante¹¹. La posición de Roberta Wohlstetter reforzaba a la de su marido: evitar la sorpresa, igual que crear una disuasión efectiva, era una proposición verdaderamente difícil. La principal lección práctica de su estudio era que «no podemos *confiar* en la advertencia estratégica». En las dos décadas que habían transcurrido desde Pearl Harbor, finalizaba, «el equilibrio de la ventaja» se había desplazado claramente «a favor de un atacante por sorpresa. Los beneficios que se podían obtener de la sorpresa han aumentado enormemente y el castigo por perder la iniciativa ha crecido en la misma proporción». En consecuencia, Estados Unidos necesitaba reconocer la probabilidad de ser sorprendido. «Tenemos que aceptar el hecho de la incertidumbre y aprender a vivir con él.» En vez de esperar el avance de la noticia de un ataque enemigo, las defensas «deben estar concebidas para funcionar sin ella»¹².

⁹ Roberta Wohlstetter, *Pearl Harbor: Warning and Decision*, Stanford, 1962, p. 387.

¹⁰ Éstas eran la consecución-logro de un «operación estable y permanente en tiempos de paz, sobrevivir al primer ataque del enemigo, tomar y difundir la decisión de contraatacar, alcanzar el territorio enemigo con suficiente combustible para completar la misión, superar a las defensas del enemigo y destruir los objetivos establecidos. A. Wohlstetter, «Delicate Balance», cit., pp. 185-187.

¹¹ R. Wohlstetter, *Pearl Harbor*, cit., pp. 393-394.

¹² *Ibid.*, pp. 399-401.

Los acontecimientos de 1962, el mismo año en que apareció el libro, confirmaban aparentemente el análisis de Roberta Wohlstetter. Los esfuerzos soviéticos para situar una fuerza nuclear en Cuba tomaron completamente desprevenida a la Administración Kennedy. Escribiendo en *Foreign Affairs* tres años después de los hechos, los describió como un caso de *déjà vu*. De nuevo en octubre de 1962, como en diciembre de 1941, había habido muchas señales pero también un ruido abundante. Gracias al avance de la fotografía aérea, especialmente al avión espía U-2, y a la matizada respuesta del presidente Kennedy, Estados Unidos se las arregló para recuperarse de su sorpresa inicial y evitar la Tercera Guerra Mundial. Roberta Wohlstetter consideraba «un consuelo saber que aprendemos de una crisis para otra». Poniendo sordina a su consuelo, estaba su convicción de que «el futuro sin duda guarda muchas más sacudidas e intentos de sorprender», sin ninguna razón para suponer que la próxima vez Estados Unidos iba a tener tanta suerte¹³.

La estrategia descartada

El análisis de Wohlstetter de la crisis de los misiles de Cuba refleja su análisis del ataque a Pearl Harbor en este aspecto adicional: en ambos casos, atribuye significado estratégico a acciones que se producen en el terreno de la táctica. Ésta es una tendencia dominante entre los partidarios de la Escuela de Wohlstetter: una preocupación por las cuestiones tácticas –denominadas «estratégicas» para reflejar la implicación de armas nucleares o sistemas de lanzamiento de largo alcance– suplanta a un análisis estratégico serio. Así, Wohlstetter empieza su relato de la crisis de los misiles de Cuba el 31 de agosto de 1962, cuando el senador de Nueva York, Kenneth Keating, lanzó la acusación de que los soviéticos estaban instalando misiles en Cuba, amenazando así a Estados Unidos. (La Administración Kennedy desechó la acusación de Keating.) Wohlstetter no muestra ningún interés por los acontecimientos anteriores a esa fecha. En su relato no se mencionan los esfuerzos patrocinados por la CIA para derrocar a Fidel Castro que habían fracasado el año anterior en Bahía Cochinos. Lo mismo sucede con la Revolución cubana, con sus orígenes y sus propósitos.

Para Wohlstetter, la crisis de los misiles de Cuba surgió de la nada, haciendo que para ella fuera innecesario preguntar si políticas desacertadas, anteriores a 1962, pudieron haber puesto las bases para la sorpresa que dieron Castro y sus aliados en el otoño de aquel año. Por extensión, la misma suposición excluía cualquier necesidad de considerar si la vulnerabilidad de Washington a la sorpresa podía tener su origen no tanto en los lapsus de los servicios de inteligencia, sino en un comportamiento equivocado de Estados Unidos hacia Cuba. Al enmarcar el problema dentro de un fracaso para distinguir entre las señales y el ruido, Wohlstetter ignoraba la posibilidad de que el problema se lo pudiera haber buscado Estados Unidos,

¹³ R. Wohlstetter, «Cuba and Pearl Harbor: Hindsight and Foresight», *Foreign Affairs* (julio de 1965).

después de décadas de injerencias y manipulación que produjeron desdichadas consecuencias frente a las que los políticos estuvieron deliberadamente ciegos. En resumen, para ella, la estrategia como tal –cómo había definido Washington los intereses de Estados Unidos en Cuba y las prerrogativas que había reclamado para perseguir esos intereses– eludía un análisis serio.

Lo mismo se aplica a su relato sobre Pearl Harbor. Preocupada por explicar los orígenes del ataque japonés del 7 de diciembre, Wohlstetter no muestra ningún interés por examinar los orígenes de la guerra del Pacífico. No presta ninguna atención en absoluto a los acontecimientos anteriores al 17 de junio de 1940, mientras que sólo se centra en detalle sobre hechos que se produjeron en noviembre y diciembre de 1941. De nuevo, la estrategia como tal –cómo definió Washington sus intereses en Asia y el Pacífico, y las políticas que llevaron a Estados Unidos al enfrentamiento con Japón, empezando por la divulgación de las comunicaciones sobre la política de puertas abiertas de 1899-1900 y culminando el verano de 1940 con la imposición de sanciones económicas para castigar a Japón– simplemente no se considera relevante¹⁴.

Calificar el ataque sobre Pearl Harbor como un fracaso estratégico –ya sea de «advertencia» o de «decisión», por citar el subtítulo del libro de Wohlstetter– es abusar de la palabra «estrategia» y malinterpretarla. El verdadero fracaso estratégico de Washington, su incapacidad para convencer a Japón de que aceptara las exigencias de Estados Unidos sobre un orden para Asia y el Pacífico por medios próximos a la guerra, se había hecho evidente mucho antes de que las primeras bombas cayeran sobre Oahu. Cuando finalmente estallaron las hostilidades abiertas, los pormenores del tiempo y del lugar pudieron ser una sorpresa; el que Estados Unidos ya estaba comprometido en una pelea a todo o nada no pudo serlo. Por ello, otorgar significado estratégico a los acontecimientos del 7 de diciembre de 1941 no tiene otro propósito que proteger del análisis crítico al fundamento de la política estadounidense, algo que hacían sistemáticamente los miembros de la Escuela de Wohlstetter. Ya se trate de los orígenes de la guerra del Pacífico, de la guerra Fría o de la guerra contra el Terror, su fijación con los peligros que amenazan soslaya cualquier necesidad de considerar si Estados Unidos pudo haber contribuido a crear esos peligros.

¹⁴ Una lista parcial de los acontecimientos que crearon las condiciones para la guerra del Pacífico necesariamente incluirían a los siguientes: la participación de Estados Unidos en la negociación del tratado que pondría fin a la guerra ruso-japonesa; la descarada y extendida discriminación de Estados Unidos contra los emigrantes japoneses; el rechazo de Woodrow Wilson del respaldo propuesto por Japón a la igualdad racial en el Tratado de Versalles; la Conferencia Naval de Washington de 1922; la condena estadounidense de la invasión japonesa de Manchuria en 1931; la Doctrina Stimson que se negaba a reconocer la legitimidad de las conquistas japonesas; el apoyo estadounidense a China en su guerra contra Japón y la Ley de Control de Exportaciones, que bloqueaba el envío a Japón de material aeronáutico, maquinaria, chatarra y acero.

Erradicar el riesgo

La preocupación de la Escuela de Wohlstetter por la gestión del riesgo se deriva en parte de la convicción de que la pasividad frente a una amenaza en construcción y desarrollo práctica e inevitablemente aumenta la vulnerabilidad, mientras que una actuación bien concebida puede reducirla. «El problema de disuadir a una gran potencia», escribió Albert Wohlstetter en 1961, «requiere un esfuerzo continuo porque los requerimientos de la disuasión cambiarán las contramedidas tomadas por la gran potencia»¹⁵. El imperativo es mantenerse un paso por delante para evitar caer medio paso por detrás, algo potencialmente funesto. Permanecer por delante necesariamente supone esfuerzos intensivos y constantes que se anticipen a los próximos movimientos del adversario, e idear métodos y capacidades desde los que formular un contraataque.

La acción emprendida para reducir el riesgo necesariamente supone un nuevo elemento de riesgo, que es difícil de prever (y fácil de exagerar). Sin embargo, los miembros de la Escuela de Wohlstetter no se achican ante la acción, convencidos de que el riesgo de la inactividad podría ser todavía mayor. Persuadir a un público escéptico y a unos políticos asustadizos para que acepten esta proposición puede plantear desafíos. Escribiendo en la revista *Life* en 1960, Albert Wohlstetter no veía «ninguna razón para creer que los estadounidenses no harían un esfuerzo mayor por las grandes terminaciones que compartían, si entendieran que los riesgos de *no* hacer semejante esfuerzo eran numerosos y las recompensas del esfuerzo grandes». Los estadounidenses parecían pensar que, intentando estar ese paso por delante, podían perder todos los beneficios acumulados por la ventajosa posición del país después de la guerra; «creo que esto es un error», escribía Wohlstetter. «Están amenazados por los riesgos que suponen fracasar en hacer un esfuerzo»¹⁶. Visto desde esta perspectiva, la tarea del estratega tiene dos vertientes: crear opciones políticas para facilitar la acción, al mismo tiempo que se cultiva una atmósfera política que conduzca al verdadero ejercicio de la elección. El análisis era «sobre la invención de nuevas soluciones», escribió un admirador describiendo el *modus operandi* de Wohlstetter: «*Del análisis* surgían nuevas elecciones»¹⁷. Sin embargo, igual que la ausencia de opciones podía inhibir el activismo, lo mismo podía suceder con la falta de disposición pública para delegar en aquellos que están en el centro del poder. Evitar la parálisis estratégica requería no sólo un rico menú de elecciones políticas, sino también la disposición del público para dejar que los que toman las decisiones sean quienes elijan.

Con estas tareas hermanas en la mente, los miembros de la Escuela de Wohlstetter se han especializado desde hace mucho tiempo en confeccio-

¹⁵ A. Wohlstetter, «Nuclear Sharing: NATO and the N+1 Country», *Foreign Affairs* (abril de 1961).

¹⁶ A. Wohlstetter, «No Highway to High Purpose», *Life*, 20 de junio de 1960.

¹⁷ Alain Enthoven, «Commentary: *On Nuclear Deterrence*», *Nuclear Heuristics*, cit., p. 167.

nar escenarios que pretenden mostrar las defensas existentes de Estados Unidos como grotescamente inadecuadas –de acuerdo con Nitze, por ejemplo, el Comité Gaither «calculó que el 90 por 100 de nuestros bombarderos podían ser puestos fuera de combate sobre el terreno por medio de un ataque aéreo soviético por sorpresa»– para después proponer maneras de arreglar los problemas que ellos habían conjurado¹⁸. Casi invariablemente, hacer las cosas bien impone considerables demandas sobre el Tesoro de Estados Unidos. Pero, como decía Wohlstetter, «la cuota de iniciación es simplemente una entrega inicial del gasto de ser miembro del club nuclear»¹⁹. Así, durante la Guerra Fría, adoptar las recomendaciones de la Escuela de Wohlstetter sobre dispersar la fuerza aérea, afianzar emplazamientos de lanzamiento de misiles, mejorar la defensa aérea o implementar nuevas armas –la lista sigue– proporcionaron continuas razones para niveles elevados de gasto militar, con implicaciones que no se escapaban para el cuerpo de oficiales, los miembros del Congreso, caciques empresariales o jefes sindicales. Sencillamente, las ideas generadas por la Escuela de Wohlstetter produjeron los lubricantes que mantuvieron girando las ruedas de la seguridad nacional, al mismo tiempo que también ayudaban a alimentar el complejo industrial-militar.

Cuando se trataba de señalar (o inventar) fallos en las defensas de Estados Unidos, Albert Wohlstetter poseía un talento poco común. Su enfoque para formular y afrontar problemas era empírico, exhaustivo e intransigente. Sin contentarse nunca con generalidades, Wohlstetter insistía en que «los detalles reales, la precisión de los misiles, la fiabilidad y las cargas explosivas, los rendimientos de las bombas, el alcance de los bombarderos» y cuestiones similares tenían su importancia; de hecho tenían una importancia fundamental²⁰. El pensamiento descuidado o perezoso –por ejemplo, las expectativas de que los horrores implícitos en una guerra termonuclear fueran suficientes para descartar el que se produjera– atraían su especial ira. «El incesante cuestionamiento de todo y de todos» era la descripción que hacía Richard Perle. Wohlstetter exigía rigor y precisión. Sometía a prueba a las suposiciones. Desafiaba a la sabiduría tradicional allí donde la encontraba. «Todo esto se sabe», diría cuando se preparaba para demoler los últimos restos de reconfortantes disparates a los que había sucumbido Washington, «pero ¿es verdad?»²¹. A ojos de sus admiradores Wohlstetter era por encima de todo un desinteresado buscador de la verdad.

En realidad, la presunta inclinación de Wohlstetter por la incesante investigación sólo llegaba hasta cierto punto. Para empezar, dejaba sin tocar supuestos clave sobre los que se apoyaban las estrategias soviéticas a las que daba preferencia. Para él, la Unión Soviética era una caja negra. Aunque cla-

¹⁸ P. Nitze, *From Hiroshima to Glasnost*, cit., p. 167.

¹⁹ A. Wohlstetter, «Nuclear Sharing», cit., p. 276.

²⁰ A. Enthoven, «Commentary: *On Nuclear Deterrence*», cit., p. 276.

²¹ Richard Perle, «Commentary: *Arms Race Myths vs. Strategic Competition's Reality*», *Nuclear Heuristics*, cit., pp. 384 y 381.

sificara al régimen soviético como totalitario, nunca se molestó en evaluar la validez de esa etiqueta ni en cuestionar si una caracterización tan abreviada podía proporcionar una base adecuada para evaluar el comportamiento del Estado. Además, ni él ni ninguno de los otros miembros de la Escuela de Wohlstetter se detuvieron nunca a considerar qué era lo que hacía funcionar a Estados Unidos. El «incesante cuestionamiento», tan evidente cuando se investigan las contradicciones de la postura nuclear de Estados Unidos, nunca se ha extendido a la política estadounidense en general. Aceptando al pie de la letra la imagen dominante de Estados Unidos como una nación cuyos propósitos son benignos y sus intenciones pacíficas, la Escuela de Wohlstetter no se preocupa sobre cómo el país se encontró enredado en todos los aprietos en que se encuentra.

Por ello, mientras se fomentan estrategias para navegar a través de los peligros del momento, los miembros de la Escuela de Wohlstetter permanecen ajenos al papel que las políticas estadounidenses mal concebidas puedan haber desempeñado en crear esos peligros. En consecuencia, una aproximación a la estrategia que pretende ampliar las elecciones realmente sirve para restringirlas, reduciendo la propia estrategia a un proceso de adaptación a lo que Wohlstetter denomina «análisis de sistemas opuestos»²². Atribuir la máxima importancia a cuestiones como «cargas explosivas, rendimientos de las bombas y alcance de los bombarderos» evita la necesidad de examinar los beneficios a corto plazo y las consecuencias a largo plazo de, por ejemplo, conspirar para derrocar al gobierno legítimamente elegido de Irán, obstruir la unificación no violenta de un Vietnam dividido o rechazar que los cubanos determinen su propio destino. La estrategia existente en la realidad —el poder consumido de acuerdo con un modelo discernible— desaparece detrás de una nube de confusión.

¿Disuasión discriminada?

La búsqueda de un Santo Grial obtiene su encanto no simplemente del valor del objeto buscado, sino de los desafíos inherentes a esa búsqueda. Para la Escuela de Wohlstetter, el Santo Grial de la reducción radical del riesgo, en lugar del simple riesgo de gestión, se ha demostrado difícil de alcanzar, y la propia persecución no ha carecido de desilusiones. Esfuerzos anteriores para implementar este cuarto precepto de la Escuela de Wohlstetter naufragaron en Indochina. Allí, variantes de «análisis de sistemas opuestos» encontraron su expresión en los intentos de Estados Unidos para obligar a los norvietnamitas a aceptar la división permanente de su país. La participación activa de Estados Unidos en la guerra de Vietnam, que empezó en la década de 1950 y finalizó en la de 1970, se extendió a lo largo de cinco administraciones. Ninguna de las cinco intentó ganar directamente la guerra. Más bien, Estados Unidos confiaba en medios indi-

²² A. Wohlstetter, «Theory and Opposed-Systems Design» (1968), *Nuclear Heuristics*, cit., p. 157.

rectos o en la violencia medida, esperando que Hanói o bien se desgastara o que finalmente se diera por vencido. En cuestión no estaba simplemente el destino de Vietnam del Sur. El triunfo en Vietnam hubiera demostrado que Estados Unidos poseía la capacidad para cortar de raíz los problemas sin un gasto exorbitante y sin infringir el umbral nuclear. Semejante resultado hubiera realzado notablemente el poder estadounidense. Sin embargo, por no decir algo peor, el triunfo no estaba próximo. Durante algún tiempo, Vietnam pareció, en palabras de un agudo observador, el «Waterloo de toda la empresa del análisis estratégico»²³.

Albert Wohlstetter, entre otros, se negó a aceptar este veredicto. En 1968 advertía que «de todos los desastres de Vietnam el peor puede ser el de las “lecciones” que saquemos de él». A su juicio, la peor lección de todas sería la que convenciera a los estadounidenses de que «nos encontramos mejor reduciendo las elecciones disponibles», en vez de concebir nuevas maneras «de utilizar nuestro poder discriminadamente y para fines que merezcan la pena»²⁴. Habría que observar la referencia a la utilización discriminada del poder. También la referencia a fines que merezcan la pena. De las varias manifestaciones de la guerra de Vietnam –las zonas sin limitaciones de fuego, el napalm, el agente naranja y el bombardeo por saturación de las superfortalezas volantes B-52– ninguna sugería la utilización discriminada del poder o, de hecho, de manera que mereciera la pena. Sin embargo, en esa guerra Wohlstetter vislumbró la idea de investir a la fuerza de una eficacia sin precedentes, reduciendo así las inhibiciones tanto políticas como morales para su utilización.

La primera generación de lo que actualmente llamamos armamento de precisión dirigido hizo su aparición en el campo de batalla durante las últimas etapas de la guerra del Vietnam. Para los militares estadounidenses, las implicaciones de este avance de los recursos militares fueron tácticas, haciendo posible, por ejemplo, la destrucción de un puente norvietnamita por medio de un solo aparato que empleaba una sola bomba, en vez de numerosos aviones soltando una lluvia de bombas con un resultado incierto. A ojos de Wohlstetter, las implicaciones potenciales de las armas de precisión eran mucho mayores. Desde su punto de vista, la tecnología avanzada podía expandir la utilidad de la fuerza en un abanico de contingencias, incluso mientras reducía tanto los riesgos físicos como morales. Si Hiroshima había transformado la espada del poder militar en un mazo de hierro con una limitada utilidad, Wohlstetter ahora veía la posibilidad de convertir el mazo en un escalpelo con múltiples aplicaciones. Aquí se encontraba la posibilidad de escapar de las frustraciones e incertidumbres de las estrategias de disuasión que descansaban en las armas nucleares. Dicho de otra manera, era una oportunidad para dar a la autodefensa anticipatoria una orientación ofensiva²⁵. Durante las décadas de 1970 y 1980, Wohlstetter

²³ Fred Kaplan, *The Wizards of Armageddon*, Nueva York, 1983, p. 336.

²⁴ A. Wohlstetter, «On Vietnam and Bureaucracy», RAND, 17 de julio de 1968.

²⁵ A. Wohlstetter, «Strength, Interest, and New Technologies» (1968), *Nuclear Heuristics*, cit., pp. 524-550.

y personajes afines como los funcionarios del Departamento de Defensa Andrew Marshall y Fred Iklé, junto a Samuel Huntington, de Harvard, llegaron hasta su Santo Grial, ahora descrito como «disuasión discriminada». La idea central era la siguiente: al permitir a Estados Unidos realizar ataques muy efectivos sin daños colaterales, el advenimiento de un margen de error casi cero para armas no nucleares prometía proporcionar a los responsables de formular las políticas una variedad de opciones de respuesta estratégica como alternativas a la destrucción nuclear masiva. Eliminando las muertes no planeadas de no combatientes y la excesiva destrucción física que hacían que las armas nucleares fueran esencialmente inutilizables, las mejoras en la precisión prometían hacer posible «la utilización estratégica de armas no nucleares»²⁶.

Mientras los miembros de la Escuela de Wohlstetter analizaban las posibilidades de la «disuasión discriminada» para controlar a una Unión Soviética a la que describían en constante avance, la Unión Soviética realmente existente estaba cayendo en picado. Incluso antes de que las revolucionarias tecnologías pudieran reemplazar a las armas nucleares, un cambio revolucionario en el terreno de la política puso un repentino fin a la Guerra Fría, convirtiendo la «disuasión discriminada» en algo obsoleto incluso antes de que alcanzara su madurez. Sin embargo en este momento de repentino cambio tecnológico y político, los grilletes que hasta entonces limitaban la libertad de acción estadounidense entraron en declive. Tan pronto como la disuasión discriminada se había vuelto *passé*, el ataque discriminado empezó a surgir como una idea cuyo momento había llegado. Ya en 1958, Albert Wohlstetter había especulado sobre una situación en la que «los riesgos de no atacar pudieran en alguna coyuntura parecer demasiado grandes para los soviéticos», creando circunstancias en las que «golpear el primero, por sorpresa, sería para ellos la elección más sensata, y desde su punto de vista la de menor riesgo»²⁷. Con el fin de la Guerra Fría y la llegada de las armas de precisión, eso podía describir la situación en la que se encontraba Estados Unidos. Para los miembros de la Escuela de Wohlstetter, el atractivo de golpear primero –solucionando los problemas en vez de simplemente sobrellevarlos– brillaba en lo alto.

Apuntando a los Balcanes

George W. Bush, en su segundo discurso de investidura, haría referencia al intervalo entre el fin de la Guerra Fría y el comienzo de la guerra contra el Terror como «años de reposo, años sabáticos», algunos de reposo y algunos sabáticos. La década de 1990 se abrió con la guerra en el golfo Pérsico que, a pesar del supuesto éxito de la operación Tormenta del Desierto, se

²⁶ Commission on Integrated Long-Term Strategy, *Discriminate Deterrence* [1988: extract], *Nuclear Heuristics*, cit., p. 607.

²⁷ A. Wohlstetter, «The Delicate Balance», cit., p. 188.

alargó durante años. Una política de contención coercitiva dirigida contra el régimen de Saddam Hussein encontró su expresión en una inacabable secuencia de amagos, demostraciones y ataques aéreos de castigo, de reforzamiento draconiano de las sanciones económicas. La década también incluyó un montón de intervenciones menores, empezando en 1992 en Somalia y culminando en 1999 en Kosovo, todas ellas eufemísticamente consideradas como «operaciones militares distintas a la guerra».

Mientras tanto los Grandes Pensadores competían entre sí para adivinar las implicaciones del fallecimiento de la Guerra Fría. Anunciaron el fin de la historia, proclamaron la llegada de un momento unipolar, se preocuparon por la anarquía que se avecinaba, advertían de un choque de civilizaciones y encontraban la esperanza en las posibilidades de que la globalización creara un rápido mundo sin obstáculos, abierto, generador de riqueza. En Washington, el consenso se producía solamente sobre un punto: después de haber ganado una supremacía incuestionable y sin precedentes, Estados Unidos necesitaba conservarla. El cómo maximizar los beneficios de la preeminencia militar estadounidense se convirtió en un tema de considerable desacuerdo. Una perspectiva, encontrada en un borrador de 1992 sobre orientación de los planes de defensa, defendía sin ambigüedades un inequívoco dominio global de Estados Unidos. Una segunda opinión, que se presentaba como un firme multiculturalismo o un intervencionismo humanitario, buscaba poner a trabajar al poder militar estadounidense en beneficio de otros. Por su parte, la Escuela de Wohlstetter elaboró una tercera posición que enlazaba las diferencias entre las dos: el activismo en beneficio de otros para legitimar y sostener la hegemonía global de Estados Unidos.

La larga crisis de los Balcanes, que se desarrolló intermitentemente a lo largo de la década de 1990, proporcionó la ocasión para que los miembros de la Escuela de Wohlstetter refinaran esta tercera vía. Aquí parecía encontrarse una oportunidad de encargo para emplear el poder estadounidense discriminadamente y por fines que merecían la pena. Ninguno defendió hacerlo así con mayor convicción y pasión que el propio Albert Wohlstetter. En los últimos años de su vida publicó una cadena de mordaces artículos de opinión denunciando la titubeante reacción de Occidente a la horrible limpieza étnica perpetrada por europeos contra europeos en la antigua Yugoslavia. Durante décadas, Wohlstetter se había burlado de cualquiera que no compartiera su posición de que la disuasión nuclear era un tema complicado y problemático. Ahora se burlaba de cualquiera que se preocupara de que usar armas de elevada tecnología pudiera resultar complicado y problemático.

Wohlstetter insistía en que nunca había habido tantas cosas en juego. El colapso del comunismo no había aliviado las amenazas a la que se enfrentaba Estados Unidos; las había aumentado. Encontrar tranquilidad en el hecho de que no se fuera a producir el «ataque canónico» –un asalto del Pacto de Varsovia sobre la OTAN, creciendo hasta convertirse en una guerra nuclear total– reflejaba en primer lugar un incomprensión de lo que ha-

bía significado la Guerra Fría. Wohlstetter anunciaba ahora que ese «peligro apocalíptico –si es que llegó a existir– se había reducido a una insignificante probabilidad hacia más de tres décadas». En el mismo momento en que su «Delicate Balance» estaba obteniendo la aclamación como lo último en el pensamiento de vanguardia, «la amenazadora e incontrolada guerra nuclear contra poblaciones» ya se había convertido «claramente en una alternativa disparatada». Ahora resultaba que la verdadera preocupación, incluso en la década de 1960, nunca había sido el holocausto nuclear sino la probabilidad de desorden «en lugares como los flancos de Europa, Oriente Próximo, el golfo Pérsico, el Transcaucaso y el centro y norte de Asia». Con la desintegración de Yugoslavia, el desorden se había desbordado, lo que suponía en los cálculos de Wohlstetter «el colapso total de la política de Estados Unidos en la crítica región del Golfo»²⁸.

La respuesta estadounidense y europea a la crisis de los Balcanes –que Wohlstetter describía como «cobarde», «sin vergüenza», una «sangrienta farsa», una «nefasta farsa», una «nefasta payasada», una «cadena de indecisiones» y de «disculpas políticas por no hacer nada»– tuvo el efecto de «propagar el pannacionalismo y el genocidio», permitiendo así que «brutales dictaduras escondieran planes y programas para desatar el terror de masas contra países lejanos y cercanos». En conjunto, despotricaba Wohlstetter, ésta fue la «peor actuación de las democracias desde la Segunda Guerra Mundial», incluso «superando las pesadillas de Vietnam»²⁹. Además, las lamentaciones y dudas de Washington eran completamente innecesarias ya que Estados Unidos tenía a su disposición los medios necesarios para acabar inmediatamente con la crisis de los Balcanes y, por extensión, para despachar a otra gente que no hacía ningún bien. A lo largo de la historia, la guerra había sido costosa, dura y librada con incertidumbre. Eso había acabado. Al final de una carrera empleada en hacer agujeros en antiguas y simples soluciones, Albert Wohlstetter se había agarrado a su propia sencilla solución: rehacer la guerra –desde luego perfeccionada– con la avanzada tecnología de la información.

Legados

En el momento de su muerte en 1997, los preceptos que Wohlstetter había promovido durante décadas calaron en las filas del *establishment* de la seguridad nacional estadounidense. Por encima de todo, su entusiasmo por una fuerza precisa y discriminadora como la base de una nueva forma de

²⁸ A. Wohlstetter, «The Cold War Is Over and Over and...», *Wall Street Journal*, 1 de octubre de 1996.

²⁹ A. Wohlstetter, «Genocide by Embargo», *WSJ*, 9 de mayo de 1994; «Creating a Greater Serbia», *New Republic*, 1 de agosto de 1994, p. 22; «Relentless Diplomacy and Mass Murder», *WSJ*, 5 de septiembre de 1995; «Why We're In It—Still», *WSJ*, 1 de julio de 1993; «Chirac's Challenge on Bosnia», *WSJ*, 20 de julio de 1995; «Inferior UN or Superior Coalition Force?», *WSJ*, 3 de mayo de 1995; «The Cold War Is Over»; «The Balkan Quagmire: The Way Out», *WSJ*, 2 de julio de 1993.

guerra para Estados Unidos que daba un creciente potencial ofensivo a la política de defensa estadounidense había alcanzado una amplia difusión. Sin embargo, abrir las filas de la Escuela de Wohlstetter para incluir a las camarillas –los funcionarios, elegidos y no elegidos, militares y civiles, que trajeron la teoría a la práctica– conllevaba su coste. Las ideas de Wohlstetter disfrutaron de una amplia difusión pero en una forma corrupta o vulgar. La denominación que los divulgadores acuñaron para describir esta nueva forma de guerra, vendida como una fórmula garantizada para la seguridad, fue la Revolución en los Asuntos Militares. Durante su breve apogeo, la RAM dio origen a varios retoños, casi todos ellos ilegítimos. Dos de ellos merecen atención, ya que desempeñaron un papel importante en crear el clima inmediato del que surgió la Doctrina Bush. Ambos eran producto de la era Clinton. El primero era «la dominación de todo el espectro», un concepto dado a conocer en *Joint Vision 2010*, un documento del Pentágono redactado a mediados de la década de 1990. La posición de *Joint Vision 2010* en relación con el RAM es la misma que la de Tom Friedman en *The Lexus and the Olive Tree* en relación con la globalización: un largo anuncio con formato de programa de televisión, mercadotecnia disfrazada de dilucidación. Leer *JV 2010* es aprender cómo «la conciencia del espacio de batalla dominante» permitirá a los comandantes estadounidenses «percibir antes los peligros» y «tomar mejores decisiones más rápidamente», mientras emplean armas con un «importante grado de mejora en su letalidad»; todo ello hará que las fuerzas de Estados Unidos sean «persuasivas en tiempos de paz, decisivas en la guerra y preeminentes en cualquier forma de conflicto»³⁰.

La dominación de todo el espectro no era una idea salvaje inventada por un Estado Mayor obsesionado por la tecnología. Llevaba el visto bueno de la política oficial y obtuvo la completa aprobación de altos dirigentes civiles. La «revolución de la información», declaraba un confiado William Cohen, secretario de Defensa en 1997, «está creando una revolución en los asuntos militares que cambiarán de manera fundamental la manera en que combaten las fuerzas de Estados Unidos. Tenemos que explotar estas y otras tecnologías para dominar en la batalla. Nuestro modelo para aprovechar estas tecnologías y para asegurar el dominio militar es *Joint Vision 2010*». La RAM, para Cohen, estaba proporcionando a las fuerzas estadounidenses una «conciencia superior del espacio de batalla, permitiéndolas reducir drásticamente la niebla de la guerra»³¹. O, como decía la edición de 1999 de la estrategia de seguridad nacional de la Administración Clinton, «explorar la revolución en los asuntos militares es fundamental si las fuerzas de Estados Unidos tienen que conservar su dominio en un mundo incierto». Hacer uso de las «innovaciones tecnológicas, doctrinales, operativas y organizativas» de la RAM prometía «dar a las fuerzas de Estados Unidos una mayor capacidad y flexibilidad»³². Implícitas en todas estas referencias a la

³⁰ Presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, *Joint Vision 2010*.

³¹ William S. Cohen, «Report of the Quadrennial Defense Review», *Joint Forces Quarterly* (verano de 1997), pp. 9 y 11.

³² Casa Blanca, *A National Security Strategy for a New Century* (diciembre de 1999), p. 21.

dominación estaba el supuesto sobre el riesgo, la perenne pesadilla de la Escuela de Wohlstetter: la aplicación a la guerra de la tecnología informativa estaba reduciéndolo drásticamente. Ya que la tecnología producía claridad, las barreras a la acción estaban cayendo; las opciones disponibles estaban en aumento.

¿Cuál era la utilización que había que dar a estas capacidades de dominio? Aquí llegamos al segundo hijo bastardo del RAM, resumido en una única y aparentemente inocua idea: «dar forma». Dicho simplemente, la RAM creó expectativas de esculpir el orden internacional para que encajara con las preferencias estadounidenses. «Dar forma, responder, preparar»: éste fue el eslogan concebido por la Casa Blanca de Clinton para describir la esencia de la estrategia de Estados Unidos después de la Guerra Fría. Limitando las opciones factibles a disposición de posibles adversarios, la preeminencia militar estadounidense los dejaría con pocas alternativas excepto ajustarse a los deseos de Washington. Por lo menos, el «dar forma» prometía relevancia institucional. En 1998, cuando no se encontraban por ninguna parte grandes guerras terrestres, los militares estadounidenses estaban subiéndose al carro. El secretario del Ejército escribió en su informe anual: «En apoyo de nuestra estrategia de seguridad nacional, el ejército estadounidense da forma al medio internacional de maneras favorables a nuestra nación. Promoviendo la democracia y la estabilidad por todo el mundo, el ejército reduce las amenazas que podría encontrarse la nación el siglo que viene»³³.

Este concepto encontró eco incluso entre los neoconservadores, quienes por otro lado desdeñaban el enfoque político de Clinton. El Proyecto para un Nuevo Siglo Estadounidense —que pronto se haría famoso— decía en su declaración de principios: «La historia del siglo xx debería habernos enseñado que es importante dar forma a las circunstancias antes de que surjan las crisis, y afrontar las amenazas antes de que sean graves»³⁴. No eran los civiles los únicos propensos a estas expectativas. Altos oficiales del ejército rápidamente se apuntaron a ellas. «Los medios para “dar forma” significan crear un escenario para la seguridad que hace innecesario luchar para proteger los intereses», explicaba con aprobación el general Hugh Shelton, presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, en una conferencia en Harvard en 1997. «Damos forma al medio estratégico», escribió el general John Shalikashvili, otro presidente de la Junta de Jefes, «con una presencia adelantada, con ejercicios combinados, asistencia a la seguridad y un montón de otros programas», contribuyendo así a «desactivar conflictos potenciales»³⁵. Igual que cualquier imitación paga tributo al original, el entusiasmo de Washington por la dominación de todo el espectro, y por «dar forma» en el intervalo entre la Guerra Fría y la guerra contra el Terror, representó una clase de homenaje no reconocido —quizá incluso inconsciente— a la Escuela de Wohlstetter du-

³³ «Report of the Secretary of the Army», *Annual Report to the President and the Congress*, Department of Defense, 1998.

³⁴ Project for a New American Century, «Statement of Principles», 3 de junio de 1997.

³⁵ «A Word from the Chairman», *Joint Force Quarterly* (verano de 1997), p. 4.

rante la era Clinton. Dar forma ofrecía un enfoque de poder blando a la acción anticipadora específicamente dirigida a reducir el riesgo. Aunque implicaba el ejercicio de prerrogativas cuasi imperiales, también prometía evitar, o por lo menos minimizar, el carácter poco apropiado de las bombas y del derramamiento de sangre. Después de todo, dada la existencia de una dominación de todo el espectro, la resistencia a los dictados y deseos de Washington sería algo extremadamente imprudente.

Sin embargo, durante la década de 1990, los esfuerzos de Estados Unidos por «dar forma» al Oriente Próximo produjeron unos resultados distintos a los esperados. En vez de reducir el riesgo, la presencia adelantada, los ejercicios combinados, la asistencia a la seguridad y los programas relacionados vendidos por el general Shalikashvili inflamaron el sentimiento anti-Estados Unidos y desempeñaron un papel en manos de aquellos que intentaban librar la *yihad* contra Estados Unidos. Una serie de ataques sobre las fuerzas e instalaciones estadounidenses dirigidos hacia los cuarteles en las torres de Khobar en 1996, a las embajadas de Estados Unidos en Kenya y Tanzania en 1998 y al destructor USS Cole en 2000 fueron la muestra. Incluso antes del 11-S, el cambio de guardia en Washington había llevado al poder a hombres completamente imbuidos con los principios de la Escuela de Wohlstetter, persuadidos de que el enfoque de Clinton a dar forma había sido demasiado vacilante y tímido. Para Cheney, Rumsfeld y Wolfowitz los acontecimientos del 11 de Septiembre, que mostraban que Estados Unidos era tan vulnerable frente a la sorpresa como lo había sido en diciembre de 1941, no provocaron reconsideraciones sino la determinación a elevar el listón³⁶. Después de todo, el ejercicio de las prerrogativas imperiales iba a suponer bombas y derramamiento de sangre; la utilización de una fuerza precisa y discriminatoria, en vez de mantenerla simplemente en la reserva; que Washington buscara oportunidades para erradicar el peligro, en vez de tratar simplemente de controlarlo y de sorprender a otros, en vez de esperar pasivamente a ser sorprendido. De una forma u otra, estas ideas habían estado circulando durante décadas. George W. Bush las invistió entonces con la fuerza de la política.

No hace falta volver a contar aquí la triste historia de todo lo que vino a continuación. Bush y sus consejeros tardaron poco tiempo en identificar al Iraq de Saddam Hussein como el lugar donde realizar un ensayo de pruebas de la nueva doctrina de la guerra preventiva. Los que defendían la guerra lo hacían resucitando viejas historias de la tradición wohlstetteriana. La nación estaba una vez más en un grave peligro; Saddam suponía una amenaza que era tanto global como existencial. Contemplando la situación del país, el presidente y los miembros de su círculo valoraron que «el riesgo de la acción» era «menor que el riesgo de la pasividad», según explicó Wol-

³⁶ Al explicar cómo Estados Unidos había sido tomado desprevenido el 11 de septiembre de 2001, la Comisión del 11-S hizo favorables alusiones al libro de Roberta Wohlstetter sobre Pearl Harbor. Una vez más las pasadas políticas estadounidenses escaparon del examen.

fowitz³⁷. Beneficiándose de la estrecha supervisión de Donald Rumsfeld, al planear la invasión de Iraq, se hizo hincapié en la utilización de la fuerza de precisión. Aquí había una ocasión para utilizar el poder estadounidense de manera discriminatoria y para fines que merecían la pena.

La guerra de Iraq empezó con muchas esperanzas de que se limitara a «impactar e intimidar», como los periodistas y algunos analistas entusiastas lo llamaron, con muchas esperanzas de que llevara a una victoria fácil. Richard Perle declaró: «Aquí está la primera guerra que ha sido librada de una manera que reconocería la visión de las guerras del futuro que tenía Albert». La operación Libertad para Iraq reflejaba «una puesta en práctica de su estrategia y de su visión»³⁸. En muchos aspectos, las fases iniciales de la guerra parecieron validar todo lo que había representado la Escuela de Wohlstetter. Aunque fue breve: la verdadera guerra de Iraq –el conflicto que comenzó con la caída de Bagdad– dejó por los suelos la visión de Wohlstetter. Un admirador una vez describió a Albert Wohlstetter como «el sastre que buscaba vestir al emperador»³⁹. En un caso de la historia imitando a las fábulas, las vestiduras adornando al emperador Bush resultaron ser un producto de la imaginación. Aun así, quedó esto: a pesar de las primeras garantías de Kennedy y Reagan, empezar guerras constituía ahora la piedra angular de la política de Estados Unidos.

³⁷ Paul Wolfowitz, «Remarks at the International Institute for Strategic Studies», 2 de diciembre de 2002.

³⁸ Citado en Neil Swidey, «The Mind of the Administration», *Boston Globe*, 18 de mayo de 2003; Perle dedicó su manifiesto de 2004, *An End to Evil: How To Win the War on Terror*, «a la memoria de mi amigo y mentor Albert Wohlstetter y de todos los dedicados oficiales y pensadores a los que animó e inspiró».

³⁹ Stephen Lukasiak, «Commentary: Towards Discriminate Deterrence», *Nuclear Heuristics*, cit., p. 514.